

LA CRITICA

ENTRE LOS MILITARES

Por

P.M. FLAMMER

Teniente Coronel, USAF

Mientras dirigía a sus compatriotas por los Campos Elíseos durante la celebración de la liberación de París, el general De Gaulle tal vez haya recordado momentáneamente cómo, en la década del 30 y siendo coronel, se había expresado en contra de la "Línea Maginot". Sus superiores y aquellos que no estaban de acuerdo con él lo consideraron un traidor; sin embargo, fueron ellos y no él, quienes pavimentaron el camino para una de las derrotas más desastrosas de la Historia moderna. Hechos tan reconfortantes como el valor moral de De Gaulle debieran abundar en la Historia; desgraciadamente no es así.

"La crítica entre los militares es una de las profesiones menos populares", escribió una vez Basil H. Liddell Hart. "El crítico tiene mucho que ganar si se atiene a los dogmas establecidos, más aún, aplaudirán su sabiduría si reviste los principios convencionales con una nueva verbosidad, y tiene mucho que perder si levantándose contra la corriente, recalca su innata incomunicación. Así, restando a estos pocos, los temerosos y los "verdaderos críticos", el resultado bien puede llegar a cero".

Esta observación más bien profunda no fue el estallido de un soldado indignado, aunque muchos lo consideraron así en su época. Fue el punto de vista moderado de un oficial altamente educado, un veterano distinguido de la Primera Guerra Mundial, estudiante incansable de historia militar, autor prolífico y teórico de coraza de fama mundial que a veces fue un verdadero crítico; vale decir que, "con conocimiento de causa, criticó en forma sincera, honesta y leal, ciertas áreas importantes dentro de las fuerzas armadas que necesitaban urgente reforma". En particular, vio con impresionante perspicacia, los efectos que la coraza podría tener sobre la guerra. Desgraciadamente, esto molestó en grado sumo a quienes se habían empeñado en el

statu quo. Un oficial de caballería llamado George S. Patton, Jr., lo llamó "escritorcillo", y dijo que los argumentos de Liddell Hart sobre corazas parecían "pueriles si se comparaban con las enérgicas aseveraciones de la élite del mundo militar". Los oficiales británicos, que todavía en 1931 estaban dirigiendo cargas de caballería, recibieron más alabanzas aún. Esto explica por qué, cuando Inglaterra decidió por fin conferir a Hart el título de Sir por su gran contribución a la teoría de la guerra acorazada, éste ya era un anciano y en la Lista de Honor de la Reina fue precedido por "Los Beatles".

Más adelante, en el ocaso de su vida, Hart legó al mundo una especie de última voluntad y testamento intelectual. Escribió en él: "Aprendemos de la Historia que en todas las épocas y regiones la gente se ha ofendido por lo que, visto retrospectivamente, ha sido sólo una crítica constructiva de sus instituciones. Aprendemos también que lo que más ha contribuido a la persistencia de los errores y los males que esto trae consigo, ha sido la renuencia de la gente de bien a admitir la verdad cuando ésta puede perturbar su tranquila seguridad. Siempre continúa la tendencia a sentirse sacudido por un comentario natural y a considerar ciertas cosas demasiado "sagradas" como para dudar de ellas".

La historia militar nos relata innumerables casos en los cuales la necesidad de una obediencia total y absoluta impidió toda crítica. A nivel ideológico, esta obediencia absoluta se basó en el concepto del "Derecho Divino de los Reyes". A nivel práctico, se obtuvo por medio de tácticas como aquella seguida por Federico el Grande de Prusia, quien, en momentos en que "mantener la línea" era de primordial importancia, instruyó a sus generales en el sentido de hacer que sus tropas en la "línea de fuego" temieran más a las tropas de retaguardia que al frente enemigo. Esto mismo fue válido para las armadas, donde la falta de comprensión de los marineros era tal que el capitán de la nave debía escoger entre dirigir a sus hombres con una disciplina de fierro o comandar una turba ineficaz.

Superficialmente, la obediencia absoluta parece haber sido la aproximación

lógica al problema militar más antiguo: mantener tropas dignas de confianza en la línea de fuego. Pero hay muchos indicios de que, además del pragmatismo racional, otras fuerzas tuvieron parte importante —y a veces dominante— a través de los siglos. El hecho de que el rey Jerjes de Persia, indignado porque el mar había destruido sus puentes sobre el Helesponto, diera al mar 300 azotes, botara por la borda un par de grilletes de acero e hiciera decapitar a todos los ingenieros, revela una personalidad que, obediencia absoluta o no, entendía muy poco de lealtad. Lo mismo se puede decir de Alejandro el Grande. Con su fama de gran estadista en los países conquistados y su notable valor en el campo de batalla, era un hombre que no soportaba críticas de ninguna especie. En cierta ocasión emboscó y asesinó a un devoto amigo que le había salvado la vida en la batalla del Río Granicus. El motivo... estaba indignado por un cambio de opiniones más bien vago que se había suscitado entre ellos. Para la gente que lo rodeaba el mensaje fue claro. Para sobrevivir era necesario evitar sus iras, y para evitar sus iras era esencial no desagradarlo nunca. De esta forma no se dio margen a errores de ninguna clase. Lo adularon a tal punto que, entre otras cosas le dijeron —y él llegó a convencerse— de que su sudor era perfume.

Cuando la Revolución Francesa transfirió la lealtad suprema del marinero y soldado a su almirante/general, o jefe de estado al Estado mismo, se tiene la impresión de que debió haberse producido un cambio drástico en el clima que rodeaba a los verdaderos críticos del sistema militar hasta ese entonces. Al pedir al individuo que se entregara al deber militar como producto de una obligación moral, el Estado introdujo el idealismo político en una sociedad apolítica, colocándose a sí mismo como objetivo supremo de la lealtad militar. "Esto significó que todos, desde el soldado más humilde hasta el general más encumbrado, tuvieran una "misión" que estaba por sobre la antigua relación que existía entre ellos". Tanto los unos como los otros tenían una lealtad idéntica. Debían ser "patriotas".

La implantación del idealismo político trajo para el Estado la necesidad de contar con ejércitos y armadas compuestas

por hombres que pudieran comprender y apreciar las razones lógicas del servicio militar. Este proceso, como lo demostrara dramáticamente la Revolución Francesa, trajo un aumento enorme de potencial humano disponible para el deber militar, ya que este deber adquirió características de obligación moral. Esto, por otra parte, daría al Estado, aunque teóricamente, confianza en las tropas que bajo el fuego enemigo actuarían bajo una especie de compromiso moral. Pareció también ser la mejor solución al antiguo problema de obtener suficientes soldados y mantenerlos responsables de su deber. En la práctica, sin embargo, estas esperanzas probaron ser poco realistas, en parte por las consecuencias de largo alcance inherentes al proceso, cosa que no fue reconocida en su época. Al aceptar el concepto de que el mejor soldado es aquel que piensa, los jefes revolucionarios alentaron el pensamiento sin darse cuenta que un soldado que piensa, tarde o temprano comenzará a pensar acerca de cosas que cuando menos, serán incómodas para aquellos que tratan de controlarlos.

Mirado retrospectivamente, la Revolución Francesa desacreditó la idea de la obediencia absoluta, pero en la práctica no la abolió. Y tuvo buenas razones para ello. Por un lado, el hombre no es tan racional como desearía serlo. Por otro lado, y más importante aún, la idea de unidad y obediencia, aunque ya no absoluta, es esencial en el servicio militar. El concepto de que un jefe militar sin disciplina sólo comanda una turba, es una verdad indiscutible.

Pero existió en el período post-revolucionario, y existe aún en nuestros días, la duda sobre el límite que debe tener la obediencia. Vale decir que la cultura básica de la cual pueden crecer y alimentarse los gérmenes de la obediencia absoluta, sigue existiendo tal como antes. Todo lo que se necesita para que florezca, es lo que podríamos llamar más o menos suavemente "debilidad humana" desarrollada a tal punto que, de acuerdo con las palabras de Shakespeare, podría definirse como "corrupción proveniente de un defecto específico".

Una de estas debilidades es la preocupación por la imagen, la cual es edificante hasta cierto límite. Pero desgracia-

damente, son pocos los que reconocen este límite o que están dispuestos a aceptarlo como tal. La tendencia natural es dejar crecer esta preocupación al punto que, en muchos casos, los programas, sistemas, y a veces la misión misma, están enfocados hacia el lucro y el ascenso personal. Expresado en otra forma, esta preocupación por la imagen puede llegar, y a menudo llega a ser considerada como un fin, mientras la excelencia personal que puede garantizar esa imagen, puede ser sacrificada para crear y mantener un reflejo de lo que se sabe básicamente falso. Liddell Hart expresó en su resumen final: "cuanto más observo los hechos actuales, más me convengo de que todos nuestros problemas son producto del hábito que existe en todas partes, de suprimir o distorsionar lo que sabemos positivamente cierto, por devoción a una causa, a una ambición o a una institución, cuando en el fondo sabemos que esta devoción es inspirada por nuestro propio interés".

Entre los militares, esta preocupación por la imagen, adquiere invariablemente las apariencias de una máscara de respetabilidad que, en muchos casos, los ha llevado a ocultar o distorsionar ciertos hechos para que faltas o incidentes graves queden en la obscuridad o sepultados para siempre. A esto se debe también que instituciones expuestas a la opinión pública, tales como NASA, Academias de las FF.AA., el FBI, etc., por un lado castiguen en forma abierta y severa infracciones relativamente menores (da una imagen de vigilancia) mientras por otro lado silencian faltas que revisten caracteres de escándalo. Rousseau se refirió a esta tendencia demasiado común, cuando puso en boca de su héroe en desgracia en "Las Confesiones de un Cura de Savoy" estas palabras: "Tengo razones para darme cuenta, por los reproches que han acompañado mi desgracia, que a menudo sólo basta que el crimen sea aún mayor para escapar al castigo".

Compañera fiel y siempre presente de la preocupación excesiva por mantener las apariencias, es la poca inclinación a admitir errores. Una demostración dramática de esta característica es el famoso "Caso Dreyfus", en el que los militares franceses condenaron por traición a un hombre inocente. Debemos recordar

que lo que hizo el caso más trágico no fue el error inicial, ya que sin duda al comienzo hubo evidencia circunstancial considerable en contra de Dreyfus. Pero el verdadero problema comenzó después de pronunciado el veredicto, cuando se empezó a acumular evidencia que señalaba al Conde Esterhazy como el verdadero culpable.

Hasta ese momento, la equivocación de haber condenado a un inocente pudo haber sido admitida, y hasta digerida con un mínimo de malestar general. Desgraciadamente, las altas autoridades militares, eclesiásticas y del Gobierno francés, optaron por la mentira, falsificación, atentado de homicidio y asesinato de reputaciones de la peor clase, pensando que con ello el malestar disminuiría, siendo que a la larga, por negarse a admitir su error, se sindicaron como escandalosamente culpables de asalto criminal en la persona de ciudadanos franceses honestos y probos.

La gran lección del Caso Dreyfus estriba en el hecho aterrador de que cada vez que la renuencia para admitir errores adquiriera la importancia y características de motivación, los factores que hicieron tan terrible este caso, se cernirán allí, listos para que éste se repita.

Hay también otra "debilidad" que produce gran impacto en los verdaderos críticos militares y en la atmósfera que los rodea: la ausencia de coraje moral.

Este es un tema delicado y una acusación vaga, pues cualquiera puede atribuirse valor moral desde el momento que la existencia de este valor no puede ser en realidad comprobada sino hasta que el individuo ha sido sometido a prueba. C. S. Lewis tuvo razón al decir que el valor moral no es una virtud en sí, sino la cima de todas las virtudes. Al respecto escribió: "Cuando el valor moral no está presente, todas las otras virtudes existen por accidente; Poncio Pilatos fue bondadoso hasta que el seguir siéndolo se convirtió en un peligro para sí mismo".

Desgraciadamente, los anales de la Humanidad toda nos revelan una lamentable ausencia de valor moral en momentos de tensión. Y este valor moral es sin duda la característica más evidente del verdadero crítico, pues sin él no se atrevería a levantarse "contra la corriente". Sin embargo, es la ausencia de esta ca-

racterística lo que en realidad lo destaca "del montón". Teodoro Fontane, estudioso de la conducta humana, llega a insinuar que el "verdadero heroísmo" es tan aislado y contrario a todos los cánones establecidos que "va siempre acompañado de insultos y desprecio".

Hay muchas evidencias que atestiguan este triste panorama, especialmente entre los militares en que el valor (en batalla) es enormemente aplaudido. Tenemos por ejemplo el caso de los militares de carrera alemanes de la II Guerra Mundial, quienes, profundamente angustiados con las atrocidades resultantes del infame Decreto de la Noche y la Niebla y del Comando del Grupo de Orden —salvo contadas y honrosas excepciones— no tuvieron el valor de levantarse contra estas aberraciones. Si bien es cierto que, tal como dijera más adelante, no querían cometer injusticias, tampoco tuvieron el coraje de evitar que se cometieran. Sin ese valor moral la actitud que asumieron fue más o menos como aquella del Mariscal de Campo Busch, quien al informarle su agitado ayudante que en el patio de abajo se estaba disparando contra mujeres y niños, le ordenó que "cerrara las cortinas".

Se podría argumentar que tanto este ejemplo como el asesinato de Kitty Genovese en New York, donde más de 30 personas presenciaron el hecho sin que nadie hiciera nada por evitarlo, representan casos extremos, y se podría considerar como un argumento válido. Sin embargo, hay abundante evidencia de que, en general, hay mucho menos valor moral de lo que la gente que no se ha encontrado en posición de probarlo quiere admitir. Años atrás, un grupo de profesores de la Universidad de Yale condujeron un extraño experimento en el cual un alumno previamente seleccionado fue atado a una "silla eléctrica". Un grupo de alumnos fue convocado y sentado de a uno a la vez a los controles que se suponía regulaban la cantidad de electricidad que iba a la silla. Se les dijo que ésta era una prueba de conocimientos. Si el alumno en la silla no respondía bien, el de los controles, por orden del profesor, debía aumentar la corriente. Lo que el alumno en los controles no sabía, era que la prueba estaba destinada a medir su resistencia a las órdenes mientras ac-

tuaba bajo la responsabilidad del profesor. Siempre con el mismo objeto, los "controles" indicaban claramente la intensidad del voltaje y el daño físico que éste produciría en el alumno en la silla. Para dar más realismo al experimento, la "víctima" fingía gran sufrimiento en los momentos adecuados.

Antes de efectuar el experimento, los patrocinadores especularon sobre los resultados. Los más atrevidos sugirieron que un 3% llegaría hasta las últimas consecuencias. Sin embargo, el experimento reveló que el 65% aceptó llegar hasta el límite en el entendido de que la responsabilidad legal no era suya.

Un observador consciente puede notar esta falta de valor moral a cada instante. Es penoso ver lo que un individuo es y no es capaz de hacer con tal de obtener una buena calificación o evitar una mala. Como lo predijeron las Sagradas Escrituras, las multitudes se unen para apedrear al profeta para enseguida venerarlo cuando ha sido reivindicado.

El tratamiento recibido por Alfred T. Mahan y William Mitchell es un ejemplo de esto. Son pocos ahora los que dudan de que los verdaderos culpables no fueron aquellos que se les opusieron por principio, sino aquellos que reconociendo que tenían razón se unieron a la multitud contra ellos. Aún así, la debilidad persiste en todos los niveles. Un escándalo reciente en la Guardia Nacional de uno de los Estados reveló que oficiales de alta graduación no sólo no protegieron a un subordinado que sabían acusado injustamente, sino que además apoyaron voluntariamente al comandante general, a sabiendas de que estaba tratando de encubrir una acción ilegal de la cual era responsable. Mirado retrospectivamente y desde un punto de vista más amplio, Liddell Hart dice que ha encontrado que "el valor moral es tan escaso entre los oficiales de alto grado como entre los políticos". La clave, según dice, parece residir en "la creciente obsesión de ambicionar el éxito personal". Max Hoffman, uno de los generales alemanes más competentes de la I Guerra Mundial, aseveró este mismo punto de vista cuando, después de ver la falta de integridad y valor moral de muchos de sus colegas, escribió: "La carrera por alcanzar el poder y la superación personal parece que

destruye el carácter de todos los hombres".

Las tres "debilidades" mencionadas son tan universales que cualquier individuo —u organización— tendría que ser un santo para librarse del contagio. Pero hay más aún. Entre los militares así como en otras sociedades y profesiones, existe otro tipo de corrosión; uno tan poderoso que hace que la famosa frase de Lord Acton, "el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe en forma absoluta" sea aceptada como una máxima. Es un hecho que el comandante militar goza de gran poder, al menos dentro de su unidad. El que tiene derecho a mandar, tiene también derecho a exigir que las órdenes sean cumplidas.

Por lo tanto, para ciertos individuos es muy fácil considerar a sus subordinados como objetos de su propiedad, colocándolos en la misma categoría que sus zapatos o su abrigo. A tales individuos, cuando lo desean, les es muy fácil conseguir una obediencia absoluta porque están en posición de demostrar su poder —y a menudo lo demuestran— destruyendo la carrera de cualquiera que se atreva a señalar un error, aunque esa carrera esté basada en años de servicios intachables. Uno de los más conocidos escritores norteamericanos reconoció esto al referirse jocosamente a los azotes que Jerjes diera al mar, exclamando: "¡Santo cielo, no sabía que Jerjes era un general tan moderno!".

La historia militar da a entender que, debido al factor imagen, a la renuencia a admitir errores y a la carencia de valor moral, el déspota militar que ha alcanzado cierto grado, goza de una protección total contra cualquier reclamo que alguno de sus subordinados, actuando en forma totalmente leal a su misión, pueda tener contra él. El "Círculo Interno" tan brillantemente descrito por Tolstoy en su monumental obra "La Guerra y la Paz", al ser inevitable entre los militares, se protege a sí mismo con pedante seguridad contra los efectos adversos que resultan de la corrupción de uno de sus miembros. El sistema de calificación en vigencia, que permite al calificador decir lo que quiera pero limita severamente la apelación, aumenta este poder y, por consiguiente, la tentación de hacer uso y abuso de él.

Desgraciadamente, al igual que la profundidad del valor moral, el grado de corrupción por poder es algo imposible de predecir. Por esto, el crítico militar más sincero puede entrar al terreno de la hipocresía si recalca este punto en forma demasiado insistente.

Una de las experiencias más desmoralizantes que ha tenido el suscrito, fue el haber sido testigo de la conducta de un general de brigada que, habiendo permanecido en el grado de coronel por cerca de dos décadas porque, como él mismo dijera orgullosamente, "siempre dije la verdad", poco después de su ascenso cortó la carrera de un brillante y leal teniente coronel porque se atrevió a diferir con él en un asunto de importancia.

La actitud del general, aunque desafortunada, no fue totalmente deliberada. Si siendo mayor consideraba sus críticas como infalibles ¿podría considerarse algo menos que un oráculo al encontrarse casi en la cima de su carrera? . . . No, este hombre fue la víctima de una fuerza superior a su propia inteligencia; la obtención de favores por adulación a aquellos que están en el poder. Un defecto casi infalible de la Humanidad desde los comienzos de la Historia. Es más, esto raramente es producto de una lealtad honesta. El método más común —como el de Alejandro el Grande— es decir al superior lo que éste quiere oír. Es cierto que a menos que el superior estimule la honradez en sus subordinados y demuestre sabiduría y justicia para aceptar tanto lo bueno como lo malo, éste será una víctima voluntaria o involuntaria de este proceso. Al mismo tiempo, si el subordinado en forma oportunista, cultiva la idea de que el oficial superior no se equivoca nunca, ¿dónde se puede buscar aquello que no marcha bien dentro del comando? ¿dónde el análisis interno tan esencial para una apreciación justa?

Este defecto del hombre y su medio ambiente, particularmente evidente en tiempo de paz, donde el oportunismo va de la mano con la "mentalidad infalible" (que será tratada más adelante), puede tener resultados catastróficos si se lleva demasiado lejos. La Primera Guerra Mundial nos da un ejemplo perfecto de esto. Los generales Foch, Haig y Ludendorff (entre otros), absolutamente con-

vencidos de que cada cual era un instrumento escogido por la divina providencia, contribuyeron a dilapidar una generación completa de jóvenes. Basta leer los comunicados de prensa de los respectivos gobiernos cuando fueron asignados a sus altos cargos y hacer un recuento de las alabanzas de sus subordinados durante sus respectivos mandatos, para darse cuenta de donde sacaron su actitud de "infalibilidad sublime".

Pese a todo esto, entre los militares, aun aquellos bajo regímenes fuertemente democráticos, mantienen una atmósfera insostenible para los verdaderos críticos, reconociendo que por el momento la Armada, bajo el mando del Almirante Elmo R. Zumwalt, parece estar menos corrompida por este mal de lo que lo están el Ejército y la Fuerza Aérea. Como regla general, la integridad del verdadero crítico se vuelve contra él cuando dice la verdad, y puede fácilmente colocarse en la posición de uno de los personajes secundarios de Shakespeare en "King Lear" llamado simplemente, el "Primer Sirviente", el individuo sin nombre que al ver en la ceguera conspiratoria y cruel del viejo Gloucester una infamia que no puede soportar, le dice: "¡Detened vuestra mano, mi Señor! Os he servido desde mi niñez, pero jamás os he prestado mejor servicio que ahora al pedir os esto". Su premio por esta leal insubordinación fue una puñalada por la espalda dada por uno de los conspiradores.

Dada la naturaleza misma de las cosas es que la responsabilidad por el clima poco favorable para la crítica constructiva recae sobre el oficial más antiguo y no sobre el crítico en potencia bajo su mando. Es el comandante quien, con hechos y palabras, determina la atmósfera que prevalecerá. Esta es una responsabilidad sumamente difícil de cumplir ya que no es fácil crear la atmósfera adecuada principalmente debido a los factores antes mencionados. Además, debido a estos mismos factores, los oficiales de alto grado rara vez tienen tiempo para estudiar detenidamente las quejas y críticas, sean estas justas o injustas, que llegan a su conocimiento. De aquí deriva la importancia del personal bajo su mando. Pero sigue siendo un hecho que la actitud del comandante se refleja en

el subordinado. Si esta actitud es intolerante a la crítica, es fácil predecir cuál será la actitud que asumirán aquéllos bajo él.

Hay también algo más que merece ser mencionado; algo que por su misma naturaleza da colorido a la atmósfera. No es exactamente una debilidad personal sino una aproximación tan lógica y natural que su funcionamiento y poderosos efectos generalmente pasan inadvertidos. Se trata de la tendencia de casi todos los que se enfrentan con un problema al cual no están obligados a encontrarle la "solución correcta" y optan por mantenerlo en su forma más simple. La razón es obvia: cuanto más simple el problema, más simple la solución. En esta forma, el abuso de poder de un oficial antiguo, que bien puede bordear lo criminal, puede ser manejado fácilmente tanto desde las altas como desde las bajas esferas, anunciando que se trata de "un choque de personalidades" entre el superior y el reclamante, dándose naturalmente la preferencia al de mayor grado. Proceder de otra forma no sólo requiere tiempo y esfuerzo, sino además apreciación moral y quizás si también una demostración de valor moral.

La historia del Cuerpo de Oficiales Alemanes y el poder ilimitado que Hitler llegó a tener en él, es un ejemplo clásico del funcionamiento de este proceso. En la necesidad de hacer tambalear la solidaridad del Cuerpo pero reconociendo esta cualidad de la tradición prusiana, Hitler ideó un plan siniestro. Acusó al Comandante en Jefe del Ejército, general Werner von Fritsch, de prácticas homosexuales y al Mariscal de Campo Werner von Blomberg, Ministro de Guerra, de haber deshonrado la Institución al casarse con una mujer con antecedentes policiales. Ambos fueron destituidos rápidamente de sus altos cargos, dando así al Fuehrer una apariencia de honor y justicia inflexible. Esto fue un impacto terrible para Von Fritsch, quien se dice quedó sin habla al oír la acusación; Von Blomberg por su parte sospechó correctamente que, pese a que él lo ignoraba, el S.S. sabía desde mucho antes la historia del pasado de su mujer. Más adelante, cuando llegó a conocimiento de todo el Ejército que Von Fritsch había sido víctima de una conspiración, el es-

tallido de un conflicto de lealtad dentro del Cuerpo pareció inevitable. Sin embargo, en los relatos de la época, encontramos una desmoralizante falta de apreciación del verdadero problema.

La inmensa mayoría de los oficiales prefirió considerar el asunto como un conflicto personal entre el Jefe de Estado y el ex-Comandante en Jefe y ex-Ministro de Guerra respectivamente. Los pocos que reconocieron que lo verdaderamente en juego era la unión de todo el Cuerpo de Oficiales, demostraron una falta total de iniciativa para hacer algo por esto. Todos esperaban que pasara algo, pero cada cual ansiaba que fuera otro quien lo comenzara. Sólo un hombre vio el problema claramente y se mostró dispuesto a enfrentarlo. El general Ludwig Beck, Jefe del Estado Mayor General, presintiendo que Hitler quería una guerra que su instinto profesional le advertía sería desastrosa para Alemania, hizo un llamado a sus compañeros de armas para renunciar en masa, diciéndoles:

"Lo que aquí está en juego son decisiones que si las analizamos detenidamente, afectan la existencia de la nación. La historia nos dirá que si no actuamos de acuerdo a nuestros conocimientos profesionales y políticos y a nuestra conciencia, la culpa por la sangre derramada recaerá sobre los altos comandos. El deber de obediencia de un soldado tiene su límite en ese punto en que su inteligencia, su conciencia y su responsabilidad le impiden la ejecución de una orden".

Beck fue más allá aún, advirtiendo a sus colegas que "cualquier soldado que tiene una posición de mando y limita su deber y esfuerzo al cargo militar sin sentirse consciente de su responsabilidad suprema hacia el país, manifiesta falta de grandeza y muy poco entendimiento de su labor".

La historia ha confirmado cuánta razón tuvo Beck; sin embargo, en su época, hizo frente solo a la situación y pagó el precio a su desafío. Para el resto, el problema fue resuelto por la simplicidad o la falta de valor moral. En el Juicio de Nüremberg, cuando se le preguntó al Mariscal de Campo von Rundstedt por qué no había complotado contra Hitler antes que Alemania y gran parte de Europa Occidental fueran llevadas a la rui-

na, éste contestó sin vacilar, "Soy un soldado, no un traidor".

Para hombres de la estatura de Beck, y también para la historia, la actitud de von Rundstedt sin duda revela "falta de grandeza y comprensión". Su carácter superficial aceptó la lealtad como un ideal abstracto con un valor independiente del valor de su objetivo. Su error, compartido por tantos otros, fue pagado con creces por Alemania y el mundo, porque como dijera Joachim Fest en su impresionante obra "La Faz del Tercer Reich", tal lealtad estaba "separada de toda razón y por lo tanto era carente de todo significado".

Finalmente, hay otro factor que aunque es más bien impersonal, parece haber tenido un efecto perjudicial en las Fuerzas Armadas americanas en general y en los verdaderos críticos en particular. Esto es lo que llamara "mentalidad infalible". Los comandantes militares americanos en tiempo de paz, al encontrarse con fondos, tiempo y personal limitados, tienen la ardua labor de hacer rendir al máximo los recursos disponibles. Para un Congreso preocupado de la economía, que debe distribuir el presupuesto y presentar una imagen apropiada frente al electorado, no hay nada más sensato que decir "no hay que derrochar". Mirada desde este aspecto, la "mentalidad infalible" puede ser considerada inevitable en una democracia política en tiempos de paz.

Al analizar este "no derrochar" (¡qué imagen tan gloriosa evoca!) quiere decir simplemente "no equivocarse". No equivocarse significa "no arriesgarse" y la ausencia de riesgo impide toda iniciativa. Tan simple como todo eso. Sin embargo, en términos prácticos, esto quiere decir que comandantes en potencia que teóricamente están siendo preparados para el riesgo de una guerra, se forman en un medio ambiente donde no hay lugar para la iniciativa ni para la experiencia que dan la imaginación y la acción (y los errores).

Este sistema ha contribuido enormemente al desarrollo de una gran cantidad de soldados mediocres que, sin necesidad de mencionarlo, ha producido gran impacto en el posible (futuro) crítico. Si por lo menos en las apariencias, el sistema es a prueba de errores, el señalar un

error es sin duda un error garrafal. En la práctica, este concepto está estrechamente ligado a esa filosofía grotesca que implica que señalar un error es peor que cometerlo. De este modo, mientras el sistema permita que una simple calificación pueda afectar un ascenso, y mientras ciertos comandantes consideren toda crítica como una forma de deslealtad y error, el crítico más auténtico, sincero y leal del mundo que esté bajo las órdenes de uno de esos comandantes, arriesgará su carrera apenas abra la boca. Por lo tanto, sólo se atreverá a hablar cuando la situación ya sea intolerable, lo cual siempre sucede en un momento en que el comandante afectado estará más que ansioso de encubrir los hechos.

Por lo demás, no se debe juzgar muy severamente a aquellos que a su vez son severos con los posibles críticos bajo su mando. Tales hombres, nunca o casi nunca, son verdaderamente malos en el sentido que lo entiende la mayoría. Por el contrario, a veces poseen valiosas cualidades dignas de imitarse; no obstante, sus errores, como dijera Sir John Hackett al referirse a los comandantes de la Primera Guerra Mundial, son producto más bien de "ceguera que de maldad". Al no aceptar y apreciar el papel del verdadero crítico, cualesquiera que sean sus razones, ayudan a afianzar los cimientos de una tendencia arcaica que ha sido fuente de diversión en tiempos de paz pero que invariablemente ha conducido a pérdidas innecesarias en tiempo de guerra. Ferdinand Foch estuvo muy cerca de la verdad cuando, quizás con un agonizante remordimiento de conciencia, dijo que "la mentalidad militar siempre cree que la próxima guerra se regirá por los mismos cánones que la última. Pero ese no ha sido ni será jamás el caso".

Retrospectivamente, podemos concluir por lo que nos dice la historia, que lo peor que tienen las fuerzas armadas es la carencia de crítica constructiva. No considerando las injusticias perpetradas contra aquellos que honesta y lealmente se atreven a dar su opinión, debe hacerse notar que los comandantes militares intolerantes, se den cuenta o no, se están colocando a sí mismos como objeto de la más alta lealtad. Esto es tolerable mientras el comandante actúe invariablemente en beneficio exclusivo de su pa-

tria. Sin embargo, no hay garantía de esta invariabilidad, especialmente debido a que el comandante ya ha fallado al no saber distinguir entre verdadera lealtad y servilismo (no es simple coincidencia que la primera acusación contra un crítico sea siempre de deslealtad).

Es muy poco probable que cualquier comandante culpable de una actitud de este tipo separe estos dos conceptos. En algunos casos puede que crea sinceramente que un subordinado no puede "aprender" lealtad o ser totalmente leal a su patria sin antes ser totalmente leal a él. Sin embargo, esta actitud constituye un engaño a sí mismo que lleva al propio endiosamiento, hace retroceder a la época anterior a la Revolución Francesa, y a la larga, es casi siempre contraproducente. Como un ejemplo irónico se puede citar el hecho que las autoridades francesas consideraron desleal al coronel Charles De Gaulle porque, en la década del 30, opinó públicamente en contra de la "Línea Maginot" y la engañosa doctrina de defensa que se seguía. Quienes se le opusieron, convencidos de que ellos estaban en lo absolutamente correcto, dieron por hecho que De Gaulle debía estar totalmente equivocado. Sin embargo, en el análisis final se puede comprobar que fueron ellos y no el coronel, los que pavimentaron el camino para una de las derrotas más desastrosas de la historia moderna.

En la actualidad, el militar americano es un blanco propicio para las críticas externas y la mejor solución le parece presentar un frente unido en esa dirección. No obstante, antecedentes históricos indican que nunca, o casi nunca, las organizaciones poderosas son destruidas desde afuera. Por el contrario, la corrosión

mayor viene del interior, y siendo así, el verdadero crítico desempeña una función primordial y muchas veces salvadora. Desgraciadamente, esa función no pasará de ser una teoría inútil a menos que la atmósfera se haga menos hostil a la crítica de lo que es en la actualidad.

El argumento principal contra tal medida es que esto equivaldría a "destapar la olla" dando pábulo a una forma de crítica hiriente y malévolas que, al ser también oportunista, injusta y nada de constructiva, sólo conseguirá indignar a los militares que se sienten tan conscientes de la superación personal y genuinamente al servicio del país. Pero si para impedir eso es necesario impedir también la crítica constructiva, los militares estarían "botando la guagua junto con el agua del baño" (throwing the baby out with the bath water).

La historia indica también que esta tendencia a hacer que todo aparezca estable y perfecto, aunque natural en el sistema militar, es sin embargo perjudicial para él. Si el verdadero propósito de los militares americanos es impedir la guerra o, en su defecto, controlar debidamente la violencia en beneficio del país, hay mucho que hablar sobre lo que dijo C.S. Lewis de que "el verdadero traidor no es aquel que critica los defectos de su propia institución sino el que celebra en demasía las bondades de quienes la dirigen". Por incómodo que sea este concepto en estos momentos, vale la pena detenerse a considerarlo.

Publicado en U.S. Naval Institute Proceedings. Número de Marzo, 1973, págs. 28-36. Traducido por la Secretaría del Agregado Naval de Chile en Washington, D.C.